

Materialismo Filosófico y Psicología: Fundamentos del Operacionalismo Materialista Contextual

José Arturo Herrera Melo

Universidad Veracruzana, México

INFORMACIÓN ART.

Recibido: 12-5-2026

Aceptado: 10-7-2026

Palabras clave

Materialismo Filosófico,
psicología hispana,
Operacionalismo Materialista Contextual

Key words

Philosophical Materialism,
Hispanic psychology,
Contextual Materialist Operationalism

RESUMEN

La psicología carece de unidad temática, metodológica y práctica real, pues su eficacia profesional descansa sobre bases gnoseológicas endebles, lo que la vuelve una disciplina tan vasta como frustrante y desintegrada. De esta debilidad se desprende que, lejos de ser neutral, cada corriente psicológica sirve de un modo encubierto a un proyecto civilizatorio. Desde el Materialismo Filosófico de Gustavo Bueno y la filosofía de la psicología de Juan Bautista Fuentes Ortega y Marino Pérez Álvarez, el artículo examina el estatuto gnoseológico de la disciplina, muestra su vínculo con diferentes proyectos civilizatorios y presenta al Operacionalismo Materialista Contextual (OMC) como la primera psicología explícitamente hispana. Se concluye que la psicología opera como técnica β_2 de control social de la conducta, que la hispanidad precisa sus propias técnicas de troquelamiento de la individualidad y que el OMC articula tres géneros de materialidad, seis recursos psicológicos, ocho campos comportamentales, seis etapas de la vida, cinco fases de desempeño operatorio y cinco formas de religación orientadas a la producción de vidas rebosantes de significado.

Philosophical Materialism and Psychology: Foundations of Contextual Materialist Operationalism

ABSTRACT

Psychology lacks any real thematic, methodological, and practical unity, for its professional efficacy rests upon feeble gnoseological foundations, rendering it a discipline as vast as it is frustrating and disjointed. From this weakness it follows that, far from being neutral, every psychological school covertly serves a civilizational project. Drawing on the Philosophical Materialism of Gustavo Bueno and the philosophy of psychology of Juan Bautista Fuentes Ortega and Marino Pérez Álvarez, this article examines the gnoseological status of the discipline, reveals its links with different civilizational projects, and presents Contextual Materialist Operationalism (CMO) as the first explicitly Hispanic psychology. It concludes that psychology operates as a β_2 technique of social control of behavior, that lo hispano requires its own techniques for the molding of individuality, and that CMO articulates three genres of materiality, six psychological resources, eight behavioral fields, six life stages, five phases of operator performance, and five forms of religation oriented toward the production of lives replete with meaning.

Agradecimientos: A Claudia Morales por su aliento en la preparación del manuscrito, a Jesús Turiso por enseñarme el valor de la historia y a Adolfo García de la Sienra por mostrarme lo importante de la soberanía de las esferas.

José Arturo Herrera Melo  <https://orcid.org/0000-0003-2024-3387> Universidad Veracruzana, México.

Correspondencia José Arturo Herrera Melo: arherrera@uv.mx

ISSN: 2445-0928 DOI: <https://doi.org/10.5093/rhp2026a19>

© 2026 Sociedad Española de Historia de la Psicología (SEHP)

Para citar este artículo/ To cite this article:

Herrera Melo, J.A. (2026). Materialismo Filosófico y Psicología: Fundamentos del Operacionalismo Materialista Contextual. *Revista de Historia de la Psicología*, 47(3), 44-51.
Doi: [10.5093/rhp2026a19](https://doi.org/10.5093/rhp2026a19)

Vínculo al artículo/Link to this article:

DOI: <https://doi.org/10.5093/rhp2026a19>

Introducción

La psicología ocupa una posición singular y problemática en la república de las ciencias. Ninguna otra reúne tantas corrientes metodológicamente incompatibles, tantos objetos de estudio irreductibles entre sí y tantos paradigmas que se suceden sin acumulación categorial de conocimiento riguroso (Kuhn, 1962; Pérez Álvarez, 2020, 2021; Staats, 1991). Ya Vigotsky (1927/1991) había denunciado el “significado histórico de la crisis de la psicología” como un conflicto estructural que no derivaba de la falta de datos, sino de la ausencia de una plataforma gnoseológica unitaria capaz de integrarlos. El presente artículo expone los fundamentos filosóficos, gnoseológicos y antropológicos del Operacionalismo Materialista Contextual (OMC), propuesta desarrollada en el marco del Materialismo Filosófico (MF) de Bueno (1972, 1992), la filosofía de la psicología de Fuentes Ortega (1992, 2002a), el conductismo radicalmente humano de Pérez Álvarez (2015), el fenomenológico de Fuentes Ortega (2020) y el interconductismo de Emilio Ribes (Ribes Iñesta & López, 1985). Tal plataforma resulta hoy relevante frente a la deriva mentalista y “materialista vulgar” de la neurociencia dominante, principal reducto del dualismo, a la que el MF opone una ontología pluralista que sitúa al cerebro como órgano mediador entre ambiente e individuo, no como causa creadora de sus conductas (Pérez Álvarez, 2018a, 2019).

Este trabajo es una síntesis cuyo desarrollo completo se expondrá en un libro en preparación. El OMC no pretende ser la única psicología posible ni la mejor en términos absolutos, sino la primera netamente hispana; concretamente, una técnica ortopédica que troquele a los individuos desde los valores propios de la hispanidad: racionalidad, anhelo de universalidad, integración de las diferencias, eficiencia operatoria y búsqueda de progreso (Herrera Melo, 2022). Los objetivos que se persiguen son identificar las condiciones mínimas de posibilidad de una nueva corriente psicológica desde el MF, demostrar que cada psicología sirve implícitamente a un proyecto civilizatorio y presentar las notas básicas del OMC.

El estatuto gnoseológicamente problemático de la psicología

Una lectura superflua —e, incluso, ingenua— de la psicología supone que posee una organización temática perfecta, una arquitectura metodológica sólida y una coordinación total en cuanto a sus fines. No es así. La psicología es una de las disciplinas más polémicas de la república de las ciencias, precisamente porque no tiene perfectamente definido su campo de investigación, como sí lo tienen la matemática, la física o la biología. Sus metodologías tampoco están unificadas: hay psicólogos que hacen pruebas de igualación a la muestra, otros tomografías por emisión de positrones, otros tests psicométricos, otros escalas de Likert, otros pruebas proyectivas. Suponer que semejante dispersión metodológica converge en una unidad disciplinar real resulta difícil de sostener.

Danziger (1990) demostró que los propios métodos de investigación psicológica construyeron históricamente los objetos que pretendían estudiar: el sujeto psicológico no existía antes de las metodologías que supuestamente lo investigaban, sino que fue constituido por ellas. La observación es de una importancia capital, pues si los métodos

producen los objetos y los campos de investigación, cada cambio metodológico implica un cambio de objeto, lo que explica por qué la psicología no acumula hallazgos, sino que los reemplaza. Lo más curioso es que la historia de la psicología se asemeja más a la historia de la moda que a la de la ciencia. Fuentes Ortega y Quiroga (2009) muestran que los tres principios de la moda de Lipovetsky —lo efímero, la diferenciación marginal-individual y la seducción— gobiernan la disciplina y explican su proliferación en escuelas incompatibles, incapaces de converger en un modelo único de investigación o intervención. Cuando el paso de una corriente a otra obedece a tales principios y no al avance del conocimiento, la única lógica que emerge es la de la arbitrariedad; por ello la psicología es una tierra de nadie, dispuesta para la conquista de cualquiera.

Siguiendo a Canguilhem (1958/1998), el problema central de la disciplina reside en que su eficacia profesional está mal fundada, al no haberse probado suficientemente que dicha eficacia se deba a la aplicación de una ciencia propiamente dicha. Para este teórico, la psicología mezcla “una filosofía sin rigor, una ética sin exigencia y una medicina sin control” (pp. 9-10). En el mismo tenor, Yela (1996) la definió como “una ciencia pletórica, frustrante y desunida” (p. 327). Pletórica, porque sus publicaciones, asociaciones y categorías diagnósticas crecen sin cesar; frustrante, porque cuanto más precisas son técnicamente sus investigaciones, más insignificantes resultan en lo antropológico; y desunida, porque el diagnóstico depende del paradigma, la escuela y el profesional con quien uno se atiende.

El problema se agrava al examinar la estructura interna de las corrientes que más proclaman su cientificidad natural. El interconductismo, por ejemplo, afirma que el campo de investigación de la psicología son las interacciones del organismo con su medio; pero si el campo es la interacción, entonces es, por definición, una abstracción, y quien estudia abstracciones practica una ciencia formal, no natural. La contradicción es estructuralmente insuperable: sostener que la psicología es una ciencia natural cuyo campo son las interacciones equivale a afirmar que es, a la vez, natural y formal. Y si se replica que no se estudia ni al animal ni al humano, sino las relaciones funcionales del organismo con el ambiente, el referente cambia una vez más, y la psicología queda flotando entre la biología, la física y las ciencias formales sin anclarse en ninguna (Bueno, 1993; Fuentes Ortega, 2002a).

En el contexto hispano, Carpintero (2004) ha documentado cómo la psicología española del siglo XX construyó su identidad en tensión permanente con los modelos anglosajones y europeos, sin articular un proyecto teóricamente propio. Esa carencia de una plataforma filosófica desde la cual articular sus categorías e intervenciones es, precisamente, el diagnóstico que el OMC se propone revertir.

La psicología como expresión de proyectos civilizatorios

La tesis más polémica de este trabajo es también la más necesaria: a cada corriente psicológica le corresponde un determinado proyecto civilizatorio. No existe ninguna psicología neutral desde el punto de vista antropológico, político y cultural, aunque ninguna lo diga explícitamente. Pensar la psicología desde el MF exige reconocer que no existe necesidad gnoseológica, antropológica o moral alguna

para que el individuo contemporáneo, al experimentar una dificultad psicológica, se adhiera a las técnicas del psicoanálisis, el conductismo, el humanismo, el cognitivism o la neurociencia. Todas defienden, implícita o explícitamente, un proyecto civilizatorio.

El mejor ejemplo lo ofrece Estados Unidos, donde se advierte una coordinación —que no causalidad lineal— entre el trascendentalismo literario, el pragmatismo filosófico y el conductismo. Este último ve en el organismo un sistema de respuestas moldeables por el ambiente, cuya conducta puede describirse y controlarse sin categoría antropológica superior alguna. No es casual que emerja con fuerza entre 1920 y 1950, cuando Estados Unidos disputaba a Europa la hegemonía económica e ideológica; entonces resultaba funcional ver al individuo como rata o paloma, esto es, como un organismo moldeable por premio y castigo (Herrera Melo, 2020; Pérez Álvarez, 2004). Lo que las corrientes psicológicas estadounidenses posteriores prolongan no es el contenido del conductismo, sino la función social que lo definió: proveer, en cada momento histórico, la “imagen de individuo” que el proyecto estadounidense necesita para expandirse, despojándolo de toda categoría antropológica trascendental. La humanista de Rogers ve clientes, no personas; la positiva traslada la explicación de la individualidad al interior del sujeto, de modo que ya no es el ambiente el que controla la conducta, sino el individuo es el que se moldea a sí mismo en busca de la felicidad, reformulando la autenticidad como autooptimización y esa búsqueda como obligación moral, y fabricando así al hombre que el neoliberalismo reclama, responsable en solitario de su rendimiento y su dicha (Pérez Álvarez, 2026b). El cerebrocentrismo, tras la “década del cerebro”, naturaliza las explicaciones e individualiza los “trastornos mentales” alojándolos en la biología cerebral, con lo que el malestar se desliga de sus condiciones sociales y se refuerza el modelo biomédico (Pérez Álvarez, 2018a, 2018b). Control externo, autocontrol y naturalización biológica son tres medios distintos para un mismo fin, el de gobernar al individuo; por eso su sucesión, más lógica que cronológica, manifiesta el contenido del proyecto civilizatorio estadounidense: control de la conducta, consumo, búsqueda de la felicidad y medicación.

Lo mismo ocurre con el psicoanálisis. Fuentes Ortega (2009) ha demostrado que la obra freudiana toma una modulación específica de las interacciones humanas —centrada en las familias de las sociedades burguesas cosmopolitas a punto de su dislocación— y de ella deriva una teoría del desarrollo psicosexual con pretensión de alcance universal. El freudismo coloca a la norma en el lugar del enemigo; sin embargo, desde el MF, la norma no es un principio de partida que haya que demoler para liberar al individuo, sino un principio de llegada que muestra la posibilidad de concurrencia de cursos operatorios, pues las normas son procesos civilizatorios co-operatorios, y su ruptura no libera, sino que desestructura (Fuentes Ortega, 2009). También la psicología soviética constituyó su propio proyecto civilizatorio, con el materialismo histórico-dialéctico como plataforma al servicio de la construcción del hombre nuevo socialista. El propio Vigotsky (1927/1991), al analizar la crisis desde el marxismo, asumía que toda psicología requiere un fundamento filosófico explícito y sirve, por tanto, a un proyecto de subjetivación históricamente situado.

Ahora, existe un patrón recurrente en el trayecto intelectual de los grandes psicólogos de la modernidad: todos comienzan sus carreras con investigación experimental y empírica de carácter positivo y en sus

etapas de mayor madurez terminan haciendo antropología filosófica. Wundt publica en 1862 las *Beiträge zur Theorie der Sinneswahrnehmung* [Contribuciones a la teoría de la percepción sensorial] y concluye con la extensa *Völkerpsychologie* [Psicología de los pueblos] (1900), donde la percepción aparece como función de pertenecer a un pueblo. Freud publica los *Studien über Hysterie* [Estudios sobre la histeria] (Breuer & Freud, 1895) y termina con *Das Unbehagen in der Kultur* [El malestar en la cultura] (1930), en el que los procesos histórico-culturales adquieren un papel explicativo central. El propio Skinner transita del análisis experimental de *The Behavior of Organisms* [La conducta de los organismos] (1938) —la obra de la “caja de Skinner”— al “Skinner hermenéutico” de *Science and Human Behavior* [Ciencia y conducta humana] (1953), que interpreta la conducta en contextos sociales e institucionales. Marino Pérez Álvarez comienza con el *Análisis experimental y teórico sobre la explicación cognitiva de la comprensión de textos* (1990) y culmina en una antropología cultural de la psicología y la psicoterapia prácticamente indistinguible de la antropología filosófica, como muestran *La sociedad vulnerable* (2025), *Antropología cultural del auge de la psicoterapia* (2026a) y *Selfis, satisfyers, mascotas y robots* (2026b). La respuesta a este patrón es unívoca: no es posible comprender la individualidad al margen de los procesos histórico-culturales a partir de los cuales fue troquelada.

Dado que “lo humano” no puede entenderse como clase distributiva —como si su esencia estuviera depositada en cada individuo por separado—, sino como clase atributiva cuya materia solo se adquiere a partir de determinaciones histórico-universales (Bueno, 2005), todo proceso de psicologización es, en el fondo, una reedición de los componentes constitutivos de una nación o de un imperio. Hoy, las perspectivas angloamericanas, filtradas por el conductismo, y las centroeuropeas, filtradas por el psicoanálisis, el humanismo, la Gestalt o los cognitivimos, psicologizan a los individuos hispanos desde categorías ajenas a su tradición y a su grupo moral de partida (Cushman, 1990; Fuentes Ortega, 2002b; Rose, 1990). O la psicología tiene un tinte imperialista o nacionalista —es decir, defiende un proyecto civilizatorio—, o no habrá psicología digna de ese nombre.

Ninguna psicología, sin embargo, lo dice explícitamente: el conductismo no anuncia que forma a un “hombre de negocios eficiente”, ni el psicoanálisis que construye un “sujeto deseante apto para el consumo cosmopolita”; ambos lo hacen de manera encubierta, bajo la cobertura de una pretendida universalidad científica sin fundamento gnoseológico suficiente. La hispanidad cuenta con un corpus intelectual denso —filosofía moral de raigambre escolástica, una tradición literaria y estética de proyección universal y el MF como una de sus expresiones más rigurosas—, pero una tradición que no logra traducirse en técnicas de troquelamiento psicológico cede ese espacio a los proyectos que sí las poseen. El OMC parte de este diagnóstico y se propone subsanar tal ausencia, no como reivindicación nostálgica de un pasado idealizado, sino como respuesta pragmáticamente fundada a una necesidad histórica impostergable.

El equívoco de la institución psicológica y sus metodologías β₂

Antes de presentar la estructura categorial del OMC conviene completar la comprensión gnoseológica de la psicología. Fuentes

Ortega (2002a) ha señalado con precisión su problema de origen: pretendió organizarse como ciencia autónoma acotando el momento conductual de las relaciones adaptativas biofísicas de los organismos con sus medios, elevándolo a campo específico y propio, desgajado del contexto biológico en el que ese momento tenía sentido. Ello supuso tratar la conducta como concepto de alcance universal para todas las especies zoológicas, incluida la acción humana —siempre socioculturalmente organizada y a escala antropológica— como si fuese analogable a las conductas animales en sus medios ecológicos (Bueno, 1993; Fuentes Ortega, 2002a). Sería tan absurdo como estudiar los catetos de un triángulo rectángulo separados de la hipotenusa, cuando lo que se quiere comprender es el teorema de Pitágoras en su conjunto.

La tesis más importante de Fuentes Ortega (2002a) respecto al origen institucional de la psicología es que su cristalización como disciplina independiente no respondió tanto a cuestiones psicológicas internas al campo biológico, “sino más bien [a] ciertas demandas de control social, históricamente determinadas, a partir de las cuales fue cuajando un cuerpo de profesionales progresivamente especializados en tratarlas” (p. 611). Lo que está detrás de la psicología como institución no es un interés científico neutro, sino un deseo históricamente determinado de controlar la conducta con fines políticos. Rose (1990) demostró que las tecnologías psicológicas del siglo XX funcionaron como dispositivos de gobierno de la subjetividad al servicio de la regulación de poblaciones.

Desde la teoría del cierre categorial (Bueno, 1992, 1993, 1995), el estatuto gnoseológico de la psicología tampoco es trivial. Bueno (1978) distinguió entre metodologías α —en las que el sujeto operatorio se mantiene relativamente segregado del campo de investigación— y metodologías β , en las que el sujeto que investiga se vuelve progresivamente continuo con el campo investigado. En las metodologías β_2 , ambos se vuelven sustancialmente equivalentes: “el estado β_2 , finalmente, será alcanzado por las ciencias cuyas operaciones se consideren como sustancialmente idénticas (continuas) a las operaciones del campo gnoseológico de estas ciencias” (Bueno, 1978, p. 34). La psicología opera en el plano β_2 : el psicólogo no es un observador externo y neutral, sino un sujeto psicológico en interacción conductual con otro sujeto psicológico, dentro de condiciones histórico-sociales en donde los patrones normativos se entrecruzan de modo necesariamente conflictivo (Fuentes Ortega, 1992). Por todo esto la psicología no puede situarse al nivel gnoseológico de la física o la química; su estatuto es comparable al de la ingeniería o la jurisprudencia, esto es, una técnica de control social que se modula según demandas contextuales históricamente determinadas.

En este contexto, la figura antropológica del individuo flotante, introducida por Bueno (1982) en *Psicoanalistas y epicúreos*, nombra al tipo de individuo al que una psicología hispana debería asistir prioritariamente: aquel que deja de estar asentado en la tierra firme de una personalidad ligada a un tejido de arquetipos regularmente interadaptados; que no surge de la penuria económica ni de la anomia política, “sino de situaciones en las cuales desfallece, en una proporción significativa, la conexión entre los fines de muchos individuos y los planes o programas colectivos” (Bueno, 1982, p. 25). Siguiendo a Fuentes Ortega (1992, 1994), el conflicto de normas

irresuelto personalmente —sin los recursos necesarios para procesarlo dentro de una comunidad moral de referencia— es el origen más frecuente de los problemas psicológicos. Las situaciones límite de Jaspers (1985) —enfermedades, muertes, traiciones— son tolerables cuando el individuo cuenta con recursos que le permiten inscribirlas en una trayectoria vital con sentido; cuando esos recursos faltan o están en conflicto, el sufrimiento se convierte en crisis psicológica (Herrera Melo, 2024).

El individuo flotante contemporáneo se reconoce con facilidad en sus manifestaciones más visibles: la flexibilidad y la fluidez como valores en sí mismos, el consumo de marcas y experiencias como sustituto de la identidad, la retractabilidad ilimitada en las decisiones fundamentales y el uso de la psicoterapia como dispositivo de gestión de las crisis y de evitación de responsabilidades (Lipovetsky, 1986; Pérez Álvarez, 2023). Lo que caracteriza a este tipo de individuo es la ausencia de arquetipos normativos suficientemente interadaptados que le permitan sostener continuidad operatoria, pues sus compromisos son revocables, su identidad inestable y sus proyectos formativos carecen de la persistencia necesaria para consolidar competencias, vínculos o posiciones en cualquiera de los campos comportamentales relevantes. La invitación moral del OMC es, en contraste, la de llevar una “vida juiciosa” (Bueno, 1982), esto es, reconocer el terreno que se pisa y manipular los recursos disponibles para generar excedentes ante variaciones desfavorables del entorno, con el propósito de alcanzar la mayor religación posible y, como consecuencia, alguna forma de trascendencia.

El OMC: recursos, campos, etapas y fases

Lo que sigue es el esbozo de un proyecto de investigación en desarrollo, no un sistema cerrado. El OMC concibe la vida del individuo como un continuo despliegue de operaciones de complejidad creciente; en la medida en que logre combinar recursos y operar conforme a la norma de articulación de cada campo comportamental, podrá configurar una trayectoria vital significativa que habrá consumado diversas formas de religación. Toda persona humana está coordinada por una época histórica, forma parte de un proyecto civilizatorio con su lengua nacional y pertenece a una sociedad política y a una clase social determinadas. Estas precondiciones del desarrollo hacen posible la constitución del individuo como persona; Bronfenbrenner (1979) documentó la influencia decisiva de los sistemas ecológicos —familia, comunidad, cultura, época— en dicho proceso. No existe ningún individuo al margen de ellas, y cualquier psicología que pretenda tratarlo como si existiera con independencia de esos precontextos está, desde el principio, mal orientada.

Los recursos psicológicos

A partir de estos precontextos, el individuo desarrolla a lo largo de las etapas de su vida distintos *recursos*. Siguiendo a Fuentes Ortega (2002a) y Bourdieu (1986, 1989), el OMC define el recurso como toda entidad noemática, abstracta o concreta, utilizada intencionalmente para consumir la coordinación del *finis operantis*

(fin del agente) con el *finis operis* (fin de la obra) dentro de un campo comportamental determinado, y distingue seis de ellos. El primero es el *recurso biológico*, esto es, el estado del cuerpo resultante de su cuidado y fortalecimiento según la condición genética, anatómico-funcional, motora o nutricional en cada etapa de la vida y campo comportamental; su correcta utilización genera círculos virtuosos en relación con el resto, mientras que su atrofia los contamina. La fuerza y la belleza constituyen sus expresiones más eficaces en lo social, pues los individuos percibidos como físicamente fuertes, saludables y atractivos obtienen ventajas sistemáticas en el mercado laboral y en la construcción de vínculos.

A este se suma el *recurso social*, circuito de relaciones interpersonales y socioafectivas que puede movilizarse para facilitar intercambios, negociaciones o alianzas estratégicas, y que apoya estancias equilibradas o excedentarias en las distintas etapas y campos; la confianza intersubjetiva y la reciprocidad sostenida son las condiciones mínimas que lo hacen operativo. En su manejo, el individuo deberá distinguir entre los vínculos fuertes —sostenidos por alta frecuencia e intimidad— y los débiles que, pese a su menor intensidad, resultan decisivos para acceder a información y oportunidades situadas fuera del círculo inmediato de pertenencia.

Viene luego el *recurso cognitivo*, capacidad de procesar información para realizar inferencias válidas y verdaderas que permitan cancelar las apariencias fenomenológicas falaces de las situaciones presentes, posibilitando el reconocimiento de estructuras esenciales que auspicien operaciones de alta efectividad; requiere, por ello, acceso a procesos educativos —formales, informales o no formales— que amplíen los contenidos técnicos, científicos, artísticos, religiosos o filosóficos necesarios según el entorno. El *recurso económico*, por su parte, reúne los bienes materiales, activos financieros y medios monetarios que permiten satisfacer necesidades inmediatas y articular proyectos vitales a corto, mediano y largo plazo; su rasgo fundamental es la convertibilidad entre formas de riqueza, que facilita tanto la atención urgente de contingencias como la inversión en capacidades productivas y la reproducción de posiciones sociales favorecidas.

Está, además, el *recurso afectivo*, conjunto de disposiciones estables que permiten producir, regular, sostener y orientar los estados emocionales en función de los requerimientos de cada etapa y campo, de tal forma que no comprometan la consumación del *finis operantis* ni la continuidad de la trayectoria vital. No es un estado pasivo ni una condición innata, sino una competencia cultivable que se perfeccionará, estancará o deteriorará según la calidad de las conductas y operaciones que el individuo realice sobre sí mismo y sobre su entorno; sus expresiones más eficaces son la resiliencia (Luthar et al., 2000), la templanza y la fortaleza. Por último, el *recurso simbólico* comprende los preceptos éticos, morales, estéticos, filosóficos y religiosos que permiten desligar funcionalmente las operaciones de su materialidad primogenérica (objetos) y segundogenérica (vivencias) para producir un sentido, legitimidad y valor trascendental terciogenérico (conceptos). Opera mediante el reconocimiento y la atribución colectiva de fuerza y ánimo a determinados contenidos antropológicos (Bourdieu, 1989), y su eficacia reside en una convicción compartida de cuño trascendental en una comunidad moral; a diferencia del recurso cognitivo, que

habilita la transformación de las situaciones, el simbólico posibilita la permanencia cuando la transformación ya no está al alcance.

Los campos comportamentales

Las operaciones del individuo no se dan en el vacío, sino siempre en un *campo comportamental* que posee su propia estructura morfosintáctica y su propia norma de articulación. La clave para ser pertinente en cada campo reside en descubrir esa norma y operar conforme a ella. Una parte significativa de los problemas psicológicos surge cuando los individuos trasladan mecánicamente las operaciones exitosas de un campo a otro, pues quien no puede o no quiere hacer esa distinción está, desde el principio, imposibilitado para operar con eficacia. El OMC identifica ocho de estos campos, cada uno regido por su norma característica.

El primero es el *campo laboral*, regido por la norma de la especialización-remuneración-cooperación. En él, el criterio de efectividad queda definido por la especialización sistemática en una tarea, proyectada tanto como incremento monetario del valor producido en el mercado cuanto como obra destinada a terceros ausentes para tejer comunidad. Buscar aquí amistad, felicidad o amor, cuando la finalidad dominante no es esa, podría conducir a un desajuste entre las expectativas, la identidad individual y el contexto situacional. Le sigue el *campo escolar*, articulado por la norma de la acreditación institucional. Lo fundamental es el despliegue de operaciones congruentes con el currículo formal, real y oculto, con miras a la promoción ascendente dentro de un sistema educativo; su función última no es el aprendizaje en sentido estricto, sino la regulación de los ritmos de ascenso social y de acceso a empleos mejor remunerados.

El *campo filial*, por su parte, se rige por la norma de la negación de la reciprocidad. Aquí se busca el ejercicio del afecto, la generosidad, el agradecimiento y la compatibilidad de los tiempos de interacción, todo ello para coadyuvar al desarrollo del bienestar subjetivo y objetivo entre personas de un mismo grupo moral. La asimetría de beneficios es su rasgo característico, de modo que quien no pueda sostenerla será incapaz de fundar vínculos anímico-morales que perduren. Distinto de los anteriores es el *campo ocioso*, estructurado por la norma de la satisfacción inmediata. Se configura mediante operaciones autotélicas capaces de generar satisfacción inmediata, a través de la flexibilización de las normas y la coordinación de elementos que produzcan distensión respecto del quehacer cotidiano. El OMC no desestima este campo, pero advierte que, en el momento en que su morfología se impone sobre la del resto, es altamente probable que se atrofién las operaciones necesarias para ajustarse a ellos.

En contraste, el *campo proactivo* se ordena según la norma de la búsqueda autoimpuesta de progreso. En él resulta prioritaria la existencia de operaciones autoimpuestas, caracterizadas por el reconocimiento y la superación del criterio de suficiencia en un desempeño dado, esto es, lo que la investigación empírica identifica como práctica deliberada (Ericsson et al., 1993); es en este campo donde más decisivamente se determina el ascenso, la sujeción o el descenso en la clase social. El *campo mercantil*, a su vez, obedece a la norma del intercambio de ganancias proporcionales. Su clave es

la capacidad para seleccionar o intercambiar productos, bienes o servicios de manera provechosa a partir de los recursos disponibles; lo característico consiste en facilitar transacciones en las que los niveles de ganancia entre los agentes tiendan a un punto de equilibrio, pues cuando este se fractura se impacta negativamente la permanencia en el resto de los campos.

Particularmente importante es el *campo supervivencial*, regido por la norma de la preservación de la integridad. En él lo prioritario es el cuidado en su sentido más general, la defensa del cuerpo y el resguardo de los recursos disponibles. Esta situación de exención respecto de las actividades cotidianas viene impuesta irrevocablemente por la enfermedad, las pérdidas, las decepciones o las mudanzas en su sentido más radical, y corresponde a las situaciones límite de Jaspers (1985), aquellas ante las cuales quedan desactivadas las soluciones meramente técnicas para dar paso a soluciones de carácter filosófico, religioso o artístico. Por último, el *campo virtual* se articula en torno a la norma de la afección masiva de los estados disposicionales. Aquí la interrelación entre componentes noemáticos y usuarios ocurre a través de dispositivos electrónicos con acceso a internet, cuyos criterios de emisión persiguen una presentación de contenido sintético, sensorialmente atractivo y capaz de vincular masivamente a los individuos mediante la afinidad de sus estados disposicionales; la sobreexposición a este campo dificultará notablemente el tránsito hacia los demás.

Las etapas de la vida

El individuo no permanece idéntico a lo largo de su existencia: atraviesa una sucesión de *etapas* que ordenan su vida, y cada una impone exigencias operatorias y teleologías propias (Baltes et al., 1998; Erikson, 1982). Dentro de cada etapa, y en cada campo, puede recorrer cinco *fases de desempeño operatorio* —supervivencia, adaptación, dominio, maximización y trascendencia—, de suerte que el desarrollo psicológico no se agota en el paso del tiempo, sino en la calidad con que se ejecutan las operaciones. Es en los puntos de tránsito donde se anudan los problemas psicológicos, que se concentran en dos nodos: cuando el individuo no logra pasar de una etapa a otra, o cuando, instalado en una, no consigue desplazarse entre campos con la pertinencia que cada uno reclama. El OMC distingue seis etapas.

La primera, *lactancia-infancia* (0-3 años), constituye un período de despertar sensorial y de primeros vínculos. En su transcurso se inaugura el desarrollo sensoriomotriz y se tejen los lazos iniciales de apego (Ainsworth & Bell, 1970), cuyo fortalecimiento resultará esencial para que más tarde se establezcan relaciones socioemocionales saludables; no es casual que el cuidado del cuerpo y la estimulación sensorial se erijan en las tareas fundamentales del grupo moral de partida. Sobreviene luego la *niñez temprana y media* (3-11 años), período de pensar, convivir y descubrirse. Durante la niñez temprana (3-6 años) se despliegan las habilidades motoras y emergen la conciencia de género y la memoria autobiográfica; ya en la niñez media (6-11 años) se abre el período de las operaciones concretas y se consolida el razonamiento moral. Conviene advertir que la exposición a contenidos carentes de correspondencia con la

estructura del mundo material representará una amenaza directa para el desarrollo cognitivo.

La *adolescencia* (11-20 años) irrumpe como período de ruptura, búsqueda y transformación. Es el lapso de mayor inestabilidad, pero también, paradójicamente, el de mayor definición de la identidad individual: los recursos biológicos alcanzan su punto de máxima potencia física y sexual, el razonamiento abstracto se desarrolla de manera significativa y la identidad —individual, sexual y personal— adquiere una forma cada vez más nítida. Con la *adultez temprana* (20-40 años) se llega a la encrucijada propia del ser adulto: en ella suele decidirse, con mayor claridad que en ningún otro momento, si el sujeto devendrá cualitativamente superior en persona o cualitativamente inferior en individuo flotante, pues las decisiones profesionales, relacionales y financieras que se tomen arrastrarán efectos acumulativos de largo alcance.

Llega después la *adultez media* (40-65 años), período de madurez, legado y declive anunciado. La carrera profesional alcanza entonces su mayor plenitud, sostenida por la experiencia acumulada, mientras los recursos cognitivos cristalizados compensan las eventuales mermas de la inteligencia fluida. A la disposición característica de esta etapa la denominó Erikson (1982) “generatividad”: esa tendencia a sostener y orientar a la generación en formación. Y es también aquí donde suelen concentrarse las situaciones más devastadoras de la vida; frente a ellas, los recursos simbólicos —filosóficos y religiosos— no son un lujo intelectual, sino una forma de equipamiento psicológico indispensable. Por último, la *adultez tardía* (65 años-muerte) se despliega como período de serenidad, legado y despedida. Los recursos sociales se reducen y se vuelven más selectivos, de modo que la calidad de los vínculos pasa a valorarse por encima de su cantidad, y son los recursos simbólicos —arte, religión, filosofía, familia— los que constituyen el entramado de significados capaz de otorgar cohesión a la experiencia vital del adulto mayor. No en vano sostuvo Bueno (1996) que el sentido más profundo de la vida reside en la preparación para la muerte, y que no debería tenerse por feliz al joven, sino al anciano que ha sabido construir una vida bella y rebosante de significado.

Las fases de desempeño operatorio

Ahora, se debe añadir que mientras las etapas de la vida ordenan el tiempo según una secuencia biográfica, las fases de desempeño operatorio expresan el grado de consumación que el individuo alcanza en sus operaciones dentro de cada etapa y de cada campo comportamental. Como ya se anticipó, son cinco, y pueden recorrerse una y otra vez, pues cada nuevo campo o cada nueva etapa vuelve a situar al individuo ante ellas. En la de *supervivencia*, la acción apenas se orienta a preservar la continuidad vital y funcional mediante decisiones mínimas pero estratégicas frente a amenazas inmediatas. En la de *adaptación*, el sujeto logra un ajuste relativamente estable a las exigencias del campo o de la etapa, consolidando hábitos, saberes y respuestas eficaces. En la de *dominio*, alcanza un nivel superior de competencia que le permite ejecutar con seguridad, regularidad y criterio sus operaciones. En la de *maximización*, optimiza sus recursos, amplía su capacidad de comprensión e intervención y orienta sus decisiones hacia el mayor rendimiento posible. Y en la de

trascendencia, finalmente, las operaciones exceden la mera eficacia individual y adquieren un alcance transformador, al producir efectos, obras o referentes que rebasan la circunstancia inmediata y proyectan su influencia más allá de la propia existencia. Así, el bienestar psicológico no dependerá solo de la etapa que se habite ni del campo en que se opere, sino del grado en que el individuo logre ascender por estas fases hasta convertir sus operaciones en fuente de religación.

La religación como teleología personal

La teleología del OMC se funda en el concepto de *religación*, entendida como la conexión del individuo con aquello que lo trasciende. Una trayectoria vital significativa solo es posible en la medida en que se consigan distintos modos de religación a lo largo de la vida orgánica, gracias a la capacidad para conectar y desconectar operaciones y combinar recursos de un modo excedentario. El OMC identifica cinco formas de religación: *personal, cultural, con otros seres humanos, cósmica y religiosa* (Bueno, 1996). La religación con otros seres humanos se concreta en los contextos más elementales de la convivencia —familia, vecindad, trabajo y amistad (Fuentes Ortega, 2020)—, y son estos, no las categorías abstractas de las psicologías foráneas, los ámbitos del arraigo que la tradición hispana ha cifrado y que el OMC se propone reconstruir. Las ideaciones suicidas y las conductas autodestructivas son, desde esta perspectiva, el resultado de haber obturado el horizonte de futuro, es decir, de haber cancelado de antemano cualquier posibilidad de religación (Pérez Álvarez, 2023). El bienestar psicológico, en cambio, se alcanza cuando el individuo logra, mediante la combinación adecuada de recursos y el tránsito efectivo entre campos y etapas, establecer alguna forma de religación con aquello que le trasciende (Bueno, 1996). Las dimensiones de propósito vital y crecimiento personal identificadas por Ryff (1989) ofrecen un punto de convergencia parcial con esta teleología, aunque desde presupuestos teóricos distintos.

Discusión

La argumentación converge en tres hallazgos. 1) La psicología no es, ni ha sido, ni será una ciencia en el sentido en que lo son la física o la biología; su estatuto gnoseológico es el de una metodología β_2 de control social de la conducta. Reconocerlo —sin eufemismos ni coartadas gnoseológicas— no invalida la utilidad de la psicología como técnica; invalida, en cambio, las pretensiones de cientificidad natural que muchas corrientes esgrimen sin fundamento. Esta conclusión converge con posiciones críticas previas en la filosofía de la psicología (Fuentes Ortega, 2002a; Pérez Álvarez, 2020, 2021; Rose, 1990), pero las profundiza desde el marco específico del MF. 2) A cada corriente psicológica le corresponde un proyecto civilizatorio, y la hispanidad no puede seguir siendo la excepción: o produce su propia psicología —sus propias técnicas de troquelamiento de individuos, sus propias categorías de análisis— o asistirá impotente al proceso de deshistorización que las psicologías angloamericana y centroeuropea están llevando a cabo sobre los pueblos de habla

hispana (Cushman, 1990; Gullo, 2015). No se trata de una postura chauvinista ni reaccionaria, sino de la consecuencia lógica de aceptar, siguiendo a Bueno (2005), que lo humano es una categoría en disputa y que toda psicología defiende, implícita o explícitamente, un proyecto civilizatorio. 3) El OMC ofrece los fundamentos de una psicología hispana operatoriamente eficaz y teóricamente rigurosa, que comprende al individuo no como un organismo aislado ni como un sistema de representaciones internas, sino como una entidad operatoria inserta en precontextos histórico-civilizatorios, campos comportamentales con sus propias normas, etapas del ciclo vital con sus propias teleologías y formas de religación que dan sentido a la existencia.

El OMC sostiene —con toda la firmeza que exige la honestidad intelectual— que no existe obligación gnoseológica, antropológica ni ética para que un individuo formado bajo el proyecto civilizatorio hispano deba resolver sus conflictos psicológicos desde categorías ajenas a su lengua materna, a su grupo moral de partida y a los valores que dieron sentido histórico a su comunidad. En ese espacio de libertad positiva es donde esta propuesta busca instalar una alternativa genuina. Con todo, conviene señalar tres limitaciones. 1) Se trata de una fundamentación teórica cuya validación operatoria y clínica requiere investigación empírica sistemática que permita contrastar sus categorías —en especial los campos comportamentales, las fases de desempeño y las formas de religación— con datos observacionales. 2) La noción de “psicología hispana” exige una delimitación más precisa del corpus hispánico que la fundamente. 3) La relación entre el modelo aquí expuesto y otras tradiciones críticas —en particular el conductismo radicalmente humano de Pérez Álvarez (2015) y la psicología cultural (Cushman, 1990; Rose, 1990)— merece un análisis comparativo más detenido.

Las líneas de investigación futura se abren en tres direcciones: desarrollar instrumentos de evaluación de los recursos y campos comportamentales, contrastar clínicamente el modelo de fases de desempeño operatorio en contextos de intervención y articular sistemáticamente el OMC con la filosofía moral de la hispanidad, de cara a consolidar la primera psicología genuinamente fundamentada en el MF de Bueno.

Referencias

- Ainsworth, M. D., & Bell, S. M. (1970). Attachment, exploration, and separation: Illustrated by the behavior of one-year-olds in a strange situation. *Child Development*, 41(1), 49-67. <https://doi.org/10.2307/1127388>
- Baltes, P. B., Lindenberger, U., & Staudinger, U. M. (1998). Life-span theory in developmental psychology. En R. M. Lerner (Ed.), *Handbook of child psychology: Vol. 1. Theoretical models of human development* (5.ª ed., pp. 1029-1143). Wiley.
- Bourdieu, P. (1986). The forms of capital. En J. G. Richardson (Ed.), *Handbook of theory and research for the sociology of education* (pp. 241-258). Greenwood Press.
- Bourdieu, P. (1989). Social space and symbolic power. *Sociological Theory*, 7(1), 14-25. <https://doi.org/10.2307/202060>
- Breuer, J., & Freud, S. (1895). *Studien über Hysterie*. Franz Deuticke.
- Bronfenbrenner, U. (1979). *The ecology of human development*. Harvard University Press.
- Bueno, G. (1972). *Ensayos materialistas*. Taurus.

- Bueno, G. (1978). En torno al concepto de ciencias humanas: La distinción entre metodologías α -operatorias y β -operatorias. *El Basilisco*, 2, 12-46.
- Bueno, G. (1982). Psicoanalistas y epicúreos: Ensayo de introducción del concepto antropológico de heterías soteriológicas. *El Basilisco*, 13, 12-39. <https://www.fgbueno.es/bas/bas11302.htm>
- Bueno, G. (1992). *Teoría del cierre categorial* (Vol. 1). Pentalfa.
- Bueno, G. (1993). Consideraciones relativas a la génesis del campo de las ciencias psicológicas desde la perspectiva de la teoría del cierre categorial. En *Symposium de metodología de las ciencias sociales y del comportamiento* (pp. 19-56). Universidad de Santiago de Compostela.
- Bueno, G. (1995). ¿Qué es la ciencia? La respuesta de la teoría del cierre categorial. Pentalfa.
- Bueno, G. (1996). *El sentido de la vida: Seis lecturas de filosofía moral*. Pentalfa.
- Bueno, G. (2005). *España no es un mito: Claves para una defensa razonada*. Temas de Hoy.
- Canguilhem, G. (1998). ¿Qué es la psicología? *Revista Colombiana de Psicología*, 7(1), 9-16. (Trabajo original publicado en 1958)
- Carpintero, H. (2004). *Historia de la psicología en España*. Pirámide.
- Cushman, P. (1990). Why the self is empty: Toward a historically situated psychology. *American Psychologist*, 45(5), 599-611. <https://doi.org/10.1037/0003-066X.45.5.599>
- Danziger, K. (1990). *Constructing the subject: Historical origins of psychological research*. Cambridge University Press.
- Ericsson, K. A., Krampe, R. T., & Tesch-Römer, C. (1993). The role of deliberate practice in the acquisition of expert performance. *Psychological Review*, 100(3), 363-406. <https://doi.org/10.1037/0033-295X.100.3.363>
- Erikson, E. H. (1982). *The life cycle completed*. Norton.
- Freud, S. (1930). *Das Unbehagen in der Kultur*. Internationaler Psychoanalytischer Verlag.
- Fuentes Ortega, J. B. (1992). La psicología: ¿Una anomalía para la teoría del cierre categorial? *El Basilisco*, 11, 58-71.
- Fuentes Ortega, J. B. (1994). Introducción del concepto de conflicto de normas irresuelto personalmente como figura antropológica específica del campo psicológico. *Psicothema*, 6(3), 421-446.
- Fuentes Ortega, J. B. (2002a). El carácter equívoco de la institución psicológica. *Psicothema*, 14(3), 608-622. <https://www.psicothema.com/pdf/773.pdf>
- Fuentes Ortega, J. B. (2002b). La (posible) paradoja de la intervención psicológica en el contexto de la cultura católica hispanoamericana. *Papeles del Psicólogo*, 83, 10-20.
- Fuentes Ortega, J. B. (2009). *La impostura freudiana: Una mirada antropológica crítica sobre el psicoanálisis freudiano como institución*. Encuentro.
- Fuentes Ortega, J. B. (2020). Las raíces antropológicas de la agonía de Occidente. 2(1), *Parerga*, 85-139.
- Fuentes Ortega, J. B., & Quiroga Romero, E. (2009). The "fashion-form" of modern society and its relationship to psychology. *The Spanish Journal of Psychology*, 12(1), 383-390. <https://doi.org/10.1017/S1138741600001773>
- Gullo, M. (2015). *La insubordinación fundante: Breve historia de la construcción del poder de las naciones*. Fundación Editorial El perro y la rana.
- Herrera Melo, J. A. (2020). Domesticación animal, Estados Unidos de América y conductismo psicológico: Un análisis gnoseológico de la Teoría de la Conducta de Emilio Ribes. *El Basilisco*, 54, 12-55.
- Herrera Melo, J. A. (2022). El mito decolonial y el desprecio a Occidente. En J. Turiso Sebastián (Coord.), *Filosofía disidente de lo mexicano*. Editorial Universidad Veracruzana. <https://libros.uv.mx/index.php/UV/catalog/book/OD026>
- Herrera Melo, J. A. (2024). Sobre la dimensión histórico-social de los problemas psicológicos. *El Catoblepas*, <https://www.nodulo.org/ec/2024/n209p02.htm>
- Jaspers, K. (1985). *Filosofía de la existencia*. Planeta. (Trabajo original publicado en 1932)
- Kuhn, T. S. (1962). *The structure of scientific revolutions*. University of Chicago Press.
- Lipovetsky, G. (1986). *La era del vacío: Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Anagrama.
- Luthar, S. S., Cicchetti, D., & Becker, B. (2000). The construct of resilience: A critical evaluation and guidelines for future work. *Child Development*, 71(3), 543-562. <https://doi.org/10.1111/1467-8624.00164>
- Pérez Álvarez, M. (1990). Análisis experimental y teórico sobre la explicación cognitiva de la comprensión de textos. *Psicothema*, 2(2), 7-33.
- Pérez Álvarez, M. (2004). *Contingencia y drama: La psicología según el conductismo*. Minerva Ediciones.
- Pérez Álvarez, M. (2015). Por un conductismo radicalmente humano. *Acta Comportamentalia*, 23(1), 7-27.
- Pérez Álvarez, M. (2018a). La psicología más allá del dualismo y el cerebrocentrismo. *Apuntes de Psicología*, 36(1-2), 7-20.
- Pérez Álvarez, M. (2018b). Pensar la psicología más allá de la mente y el cerebro: Un enfoque transteórico. *Papeles del Psicólogo*, 39(3), 161-173. <https://doi.org/10.23923/pap.psicol2018.2864>
- Pérez Álvarez, M. (2019). La psicoterapia como ciencia humana, más que tecnológica. *Papeles del Psicólogo*, 40(1), 1-14. <https://doi.org/10.23923/pap.psicol2019.2877>
- Pérez Álvarez, M. (2020). El embrollo científico de la psicología: Cómo salir. *Papeles del Psicólogo*, 41(3), 174-183. <https://doi.org/10.23923/pap.psicol2020.2937>
- Pérez Álvarez, M. (2021). *Ciencia y pseudociencia en psicología y psiquiatría*. Alianza Editorial.
- Pérez Álvarez, M. (2023). *El individuo flotante*. Deusto.
- Pérez Álvarez, M. (2025). *La sociedad vulnerable: Un ensayo sobre la crisis de la salud mental*. Ned Ediciones.
- Pérez Álvarez, M. (2026a). Antropología cultural del auge de la psicoterapia: Entre el éxito y el éxitus. *Revista de Psicoterapia*, 37(133), 17-26. <https://doi.org/10.5944/rdp.v37i133.46976>
- Pérez Álvarez, M. (2026b). *Selfis, satisfyers, mascotas y robots: Signos del narcisismo contemporáneo*. Deusto.
- Ribes Iñesta, E., & López, F. (1985). *Teoría de la conducta: Un análisis de campo y paramétrico*. Trillas.
- Rose, N. (1990). *Governing the soul: The shaping of the private self*. Routledge.
- Ryff, C. D. (1989). Happiness is everything, or is it? Explorations on the meaning of psychological well-being. *Journal of Personality and Social Psychology*, 57(6), 1069-1081. <https://doi.org/10.1037/0022-3514.57.6.1069>
- Skinner, B. F. (1938). *The behavior of organisms: An experimental analysis*. Appleton-Century.
- Skinner, B. F. (1953). *Science and human behavior*. Macmillan.
- Staats, A. W. (1991). Unified positivism and unification psychology: Fad or new field? *American Psychologist*, 46(9), 899-912. <https://doi.org/10.1037/0003-066X.46.9.899>
- Vigotsky, L. S. (1991). El significado histórico de la crisis de la psicología: Una investigación metodológica. En *Obras escogidas* (Vol. 1, pp. 257-407). Visor. (Trabajo original publicado en 1927)
- Wundt, W. (1862). *Beiträge zur Theorie der Sinneswahrnehmung*. Winter.
- Wundt, W. (1900). *Völkerpsychologie: Eine Untersuchung der Entwicklungsgesetze von Sprache, Mythos und Sitte: Bd. 1. Die Sprache*. Engelmann.
- Yela, M. (1996). Unidad y diversidad de la psicología. *Psicothema*, 8(Supl.), 327-351.